

Y, so pretexto de que los girondinos lo envenenarían en las cárceles públicas, huyólas y desapareció del día y su luz, metiéndose dentro de hondos escondrijos, á guisa de ave rapaz nocturna. Mas todo le aseguraba completa impunidad; y, cerciorado, convencido por sus partidarios de que la sentencia le granjearía una victoria, pidió en memorial firmado por él á los jueces revolucionarios el juicio. Para cumplir las formalidades y ritos del procedimiento, pasó en la cárcel una sola noche. Mas, allí le acompañaron sus partidarios, velando por él y montando una guardia defensiva dentro y fuera del encierro. Miembros de la Comunidad revolucionaria los guardianes, hubiéranlo, sin duda, hecho huir de trocarse la sentencia favorable, aguardada por ellos, en una sentencia condenatoria. Maquinaciones tan absurdas atribuían los montañeses á la Gironda, que llevaban el agua y el vino y los platos aparejados para el reo en cajas lacradas y selladas, después de haberlos visto disponer á su vista y haber gustado de todos los manjares y paladeado todos los líquidos. Designóse para el veinticuatro de Abril el aguardado juicio. Y esta designación, muy anticipada, sirvió para que se organizaran manifestaciones muy públicas y muy fragorosas en favor del reo. En estas manifestaciones entraban mujeres, niños, muchachos, con innumerables hombres machuchos; todo el hampa y todo el rebujo de París. Los niños, en su inocencia, entonaban cándidos coros, muy ensayados, en loor del más nocivo de los hombres; las mujeres preguntaban, las lágrimas en los ojos y los sollozos en el pecho, por ese pobre amigo del pueblo encarcelado, á causa de haber querido que las muchedumbres comieran pan barato, contra el voto de la Gironda, quien deseaba una miseria universal, con propósito de sacar á esta miseria universal un Rey restaurado; los mozos y los machuchos requerían sus armas contra los estadistas, como por burla llamó siempre Marat á los girondinos, y las requerían so pretexto de que los girondinos amenazaban la vida del protector suyo, lo cual no podían tolerar las muchedumbres sin que corriese á torrentes la sangre girondina en los espacios de París. Marat se presentó, no humilde como un reo sujeto á juicio; vencedor como un general recibiendo los honores del triunfo. Desde la fingida prisión al infame Tribunal, su marcha fuera como las procesiones de los ídolos y de los fetiches en la India. Así, un regocijo irreprimible se veía en su cara de gato montés. Vanidoso con todas las vanidades imaginables, y furiosísimo contra la sociedad entera, porque la sociedad entera no supo reconocer nunca su mérito como sabio y como escritor, tomaba en aquel momento un voluptuoso desquite de los que le habían menospreciado, regodeándose, más que con su victoria, con la humillación del enemigo. Al presentarse ante aquellos condensadores del terror, cuya mayor condensación era él, díjoles con sarcasmo: «aquí tenéis el apóstol y el mártir de la libertad universal». Aquellos jueces involuntariamente bajaron sus frías cabezas en presencia del reo, á quien debieron por justicia intrínseca y por justicia legal condenar á la última pena. El vanidoso, ante unos jueces y un público tan favorables á su personalidad y á su causa, extendió la cola de sus

vanidades con el aire fatuo de un pavo real ensoberbecido. ¿Cuándo y á quién pudo contar su vida y los méritos de su persona, con esperanza de aprobación y aplauso, brindado por jueces criminales y por muchedumbres locas á su bárbaro cinismo? Marat refirió en prolija narración la historia de su vida y de sus servicios, desde su natividad en Neuchatel hasta su presencia en el recinto donde se albergaba la magistratura revolucionaria. Su ciencia en medicina, sus artículos políticos, su publicación en Londres del volumen que llevaba por título *Grillos y cadenas del esclavo*, salieron allí á la colada por alabarse á sí mismo el reo, cuando tenía su absolución asegurada y tocaba su triunfo manifiesto.

Tal defensa resultó cosa ridícula, por saber todo el mundo como iba el reo de antemano absuelto y para ningún fin práctico necesitaba defenderse. Todo allí estuvo amañado, todo, la prisión, el procedimiento, el tribunal, el jurado y los jueces, la risible acusación, la bien preparada retórica defensa. Triste y siniestra turba de asesinos, tan criminales como el acusado, quizás más criminales que el acusado mismo, entendían en aquel procedimiento, arreglándolo á su gusto y al gusto de los más descabellados revolucionarios. Así guardáronse todas las formas prescritas por las leyes y siguiéronse todas las ordenanzas de aquella incomprensible justicia. El tribunal escuchó la defensa y sólo con algún gesto indeliberado é inconsciente mostró la magistratura su complicidad con el reo. Y á pesar de esta complicidad, escucharon á Marat como estatuas: que nada se acerca en glacial á una premeditada y preconcebida indiferencia. En cuanto concluyó el reo de alabarse y defenderse, levantáronse de sus públicas sedes los jurados y se reunieron en camarín secreto. Para guardar las apariencias, fingieron deliberar mucho tiempo sobre un fallo, convenido y redactado en secreto. Impacientándose la multitud por aquella fingida tardanza, tuvieron que salir antes aun de lo que pensaban, y en el estrado leyeron el fallo que al reo absolvía. Esta lectura desencadenó una tempestad. Gritos, aclamaciones, aplausos, vivas y mueras, mostraron el delirio que á la muchedumbre demente prestaba su fiebre. Por satisfacer la vanidad y el orgullo de Marat, estuvieron á punto de ahogarlo y hasta de destrozarlo entre sus brazos. Marat se asustó. Había pedido al torrente que apagara su inextinguible sed de gloria, y el torrente lo arrastró. Cual furiosos locos lanzáronse muchos oyentes ebrios de cólera contra los girondinos y de fanatismo por el vencedor fetiche, hasta ponerlo estropeado y maltrecho. Uno le besaba los pies; otro le ceñía con sus brazos la rodilla; éste le apretaba las manos hasta descoyuntarlas; aquél entre sus brazos lo asfixiaba; el de más allá lo cubría de besos y lágrimas y mocos; el de más acá lo alzaba como si fuera una pelota en los aires; entre todos lo deshacían y lo acababan á los espasmos de su fanática religión por tan extraña y monstruosísima persona. El tribunal temió que lo trucidaran y ordenó á la tropa custodiarlo. Esta custodia lo preservó de una muerte cierta. Mas él ninguna resistencia sabía oponer á los delirios de sus adoradores. Golpeado, maltrecho, aún le parecía poco el entusiasmo y demandaba más, extendiendo los brazos á sus devotos

próximos y enviando besos á los lejanos. No hay sin altar y sin liturgia ídolo posible. Los maratistas improvisaron liturgia y altar; é hicieron de aquella persona, que provocaba náuseas, hiriendo á un tiempo el estómago y la conciencia, una especie de dios. Cuatro mocetones le subieron en sus hombros como á un niño y lo llevaron en andas precedido y acompañado de una procesión como á un ídolo. Amplio estrado se levantó parecido á los que se levantan en las iglesias cuando celebran éstas una festividad extraordinaria. Sobre aquel estrado surgió un sillón, como por maquinaria de teatro. En aquel sillón, parecido á las sedes regias puestas bajo los solios de Versalles y las Tullerías, se asentó Marat. Apenas se había sentado, cuando cayeron sobre su figura todas las flores de Abril. Guirnaldas inacabables, coronas sin número, multicolores ramilletes, ornamentos muy bien apercibidos y aparejados por las furias aquellas en delirio, disfrazaron la figura del absuelto reo. Libelista desvergonzado, escritor incendiario, rebelde á toda sociedad, porque la sociedad no estimara méritos y servicios de que sin fundamento se vanagloriaba, motor de matanzas, apologista del asesinato, jefe invisible de las muchedumbres demagógicas, personificación inmunda de todos los crímenes y de todos los delirios revolucionarios, usurpaba aquel momento, merced á una perversión colectiva, los homenajes debidos á la virtud y á la ciencia. Franciscanos de la célebre calle de Medicina, jacobinos de los más intransigentes, turbas de los barrios extremos, empleados de la Comunidad revolucionaria, monárquicos pesimistas, creyendo que para restaurar la monarquía se necesitaba perder á Francia, convencionales cobardes acostumbrados á decretar sus leyes bajo el imperio anárquico de las tribunas delirantes, mancharon con tan asqueroso espectáculo en sus errores y en sus extravíos y en sus miedos, el creador génesis de aquella revolución.

Al verse Marat colocado sobre las gradas de un trono, escondido entre los pliegues de un solio, coronado con guirnaldas de flores, vestido con ornamentos primaverales como un rey de circo y de teatro, no rechazó ninguna insignia por aristocrática, no condenó por monárquico ninguno de aquellos símbolos tomados á Versalles, y sólo dijo que al erigirlo á él en un trono y al coronarlo con una diadema, en soberano se erigía y como soberano se coronaba el pueblo entero. Celebradas estas ceremonias, sacáronlo del tribunal para conducirlo á la Convención; y á fin de que sus admiradores lo contemplaran por más tiempo, parándolo en el rellano principal de la escalera por donde á la calle lo llevaban, ofreciendo su persona y su figura increíbles á la universal adoración y remedando con sacrilego remedo las paradas litúrgicas de una Custodia en la solemne procesión del Corpus. Su traje raído parecía desecho de otros cuerpos; su camisa, verdaderamente negra y manchada, le daba horrible aspecto de carbonero y de matarife; una levita verde, toda sucia, con cuello de armiño, todo amarillento; el tono cobrizo de su piel; la grasa del cabello; un rostro macilento; una fisonomía desencajada; las muecas horribles con que á las aclamaciones correspondía; los saltos que daba en sus andas como si corrientes eléctricas sa-

cuideran su cuerpo; los vaivenes consiguientes á la tumultuosa marcha aquella que le daban aspecto de borracho; las gesticulaciones bufonas acompañando roncadas palabras parecidas á graznidos de cuervos; el siniestro amarillor de sus labios; la baba de perro hidrófobo que le caía sobre el pecho; aquel triunfo tan parecido á un suplicio; aquella multitud que lo devoraba de puro quererlo; todo cuanto se veía y se tocaba en tamaña manifestación infernal, todo prestaba un aspecto por tal modo extraño al vencedor, que ya parecía un mono recién vestido, ya parecía un tigre amarrado, ya parecía una resoplante víbora, lo peor de cada casa y de cada familia se reunió para festejarle; y sin embargo, una gran parte de la población neutral, presa del terror, víctima del pánico, temerosa de perder la propia vida y la vida de los suyos; no ya indiferente, hostil á Marat, se asoció á la festividad y la realzó con sus homenajes y con sus plácemes. Nada tiene de maravilloso y extraño el delirio de las muchedumbres: encerradas en los abismos de la miseria, donde se la comían gusanos peores que los gusanos del sepulcro, aguardaban del primero que pasase la resurrección. Y el primero que pasaba era Marat. Un hermoso día de Abril, raro en las oscuras riberas del Sena, prestaba con sus esplendores á las arterias del pueblo ese vivificante calor, cuyos átomos se irradian en manifestaciones entusiastas y difunden por todas partes, en todos los ánimos, un inevitable optimismo. El aire puro, el cielo azul, el sol esplendoroso, las flores múltiples que cubrían el suelo, así como las esencias balsámicas que aromaban los aires, transfundían en las venas populares con su voluptuosidad una verdadera esperanza. Tan desgraciado es el pueblo, que toma cualquier fiesta de la naturaleza ó de la sociedad, como consuelo á sus dolores y como fortificación á su trabajo. Así no puede maravillarnos, que se saliera de madre aquel día el alma popular, y aclamase á Marat, por el placer de aclamarlo. Mas ¿quién explicará nunca el entusiasmo patente de las clases acomodadas en aquella manifestación? Mientras anduvo Marat en sus procesiones por las alhóndigas, por el puente nuevo, todo se comprende y explica. Las vendedoras del mercado deliraban en su presencia y los mozos de cuerda le seguían atónitos á una. Nada tan propio de aquellos sitios, como los estallidos de las tracas y petardos, con que habían sembrado los demagogos la triunfal carrera del curandero, quien ofrecía remedio á todos los males con sus elixires de larga vida y aplicaba el método de Sangredo á las venas sociales. Pero Marat entró en la Moneda, entró en San Honorato, entró en todas las calles más aristocráticas, pasó por los barrios más pudientes, encontrando igual entusiasmo que al comienzo de su aparatosa procesión. Y allí, allí, en lo que podíamos llamar el corazón realista de Francia, frente de las Tullerías, frente á la Concordia; junto al palacio Borbón y los Campos Elíseos, una lluvia de flores nueva cayó sobre su asendereada persona y un clamor de tonante y férvido entusiasmo llenó los giros del aire que le circuían y que respiraba.

Cuando entró en lo más selecto de París á las coronas se agregaron ramilletes innume-

rables, y á los ramilletes innumerables multicolores cintas, las cuales parecían, al caer desde los altos pisos de las casas á los ínfimos arroyos de las calles, aves del Paraíso volando, por una excepción milagrosa, en las zonas templadas. Marat apenas podía respirar bajo aquella espesa nube de pétalos, y tenía que preservarse con las manos de los ramilletes que le festejaban golpeándolo. El movimiento, el exceso de adoradores en derredor suyo, el espacio recorrido muchas veces inundado de sol, tanto vaivén y tanto golpe, los abrazos, las efusiones, desarrellaron en torno suyo un calor intensísimo; este calor le promovió sudores copiosos; y estos sudores aumentaron su grasiento aspecto, que no podían ocultar las flores, y su asqueroso hedor, que no podían contrastar los aromas. A cada paso una comisión al encuentro le salía, y cada comisión á la cabeza le arrojaba un discurso. Agotadas sus fuerzas, enronquecida su garganta, extinguido su pecho, apeló al lenguaje natural y de acción para corresponder al entusiasmo público y patentizar su agradecimiento personal. Así, ya sonreía con siniestra sonrisa; ya bajaba la cabeza con movimientos automáticos; ya extendía los brazos con aires de actor aplaudido, como si quisiera estrechar contra su seno á toda la multitud. Ornado de aquella manera, más bien parecía el protagonista de una fiesta dada por locos en delirio, que el protagonista de una manifestación republicana cumplida por ciudadanos manumitidos en su reciente libertad. Ningún minuto de la vida en Marat tan propio para enternecerlo y apiadarlo como aquel minuto pareció á un desquite de cuantas injusticias pudieron amargar su existencia. Pero no sintió en su pecho despertarse la natural sensibilidad promovida por una buena ventura. Los goces del amor, las ternezas de la compasión, el placer infundido por la caridad estabanle vedados. Allí, en su curul sede, bajo la lluvia de flores, ensordecido al eco de las aclamaciones, por el incienso popular cegado, no sentía felicidad alguna en querer y ser querido; sólo guardaba un propósito, sólo se mecía en una ilusión; tomar venganza de los reaccionarios girondinos. «Ellos, exclamaba, irán en triunfo también; pero, no como yo á la Convención; irán en triunfo á la guillotina». Sólo un rasgo de sensibilidad mostró en todo aquel triunfo, diciendo: «soy anatema por este buen pueblo de Francia». La manifestación aquella se formó cual se forman los ríos. Cada calle afluente á la calle de San Honorato prestó sus caudales á esta rambla, que lo arramblaba todo, y que, al llegar á la Convención en su desembocadura, llegó como los ríos al Océano. Las puertas de la Convención estaban cerradas, clausura bien débil á ímpetu tan intenso como el ímpetu popular. Así parecieron abrirse al torrente por un resorte mágico y franquearon paso á la terrible inundación. El grito lanzado por las roncadas gargantas de los manifestantes tuvo tal intensidad que llegaron á estremecerse las bóvedas y el pavimento. Marat, dejó la sede regia en que parecía un Monarca, pero no dejó la florida y aromosa corona, con que ciñeron sus sienes. Aquella fué una invasión pacífica, pero tremenda y horrorosa, del pueblo en la Cámara. Los primeros manifestantes, fatigadísimos, se asentaron en los bancos ofi-